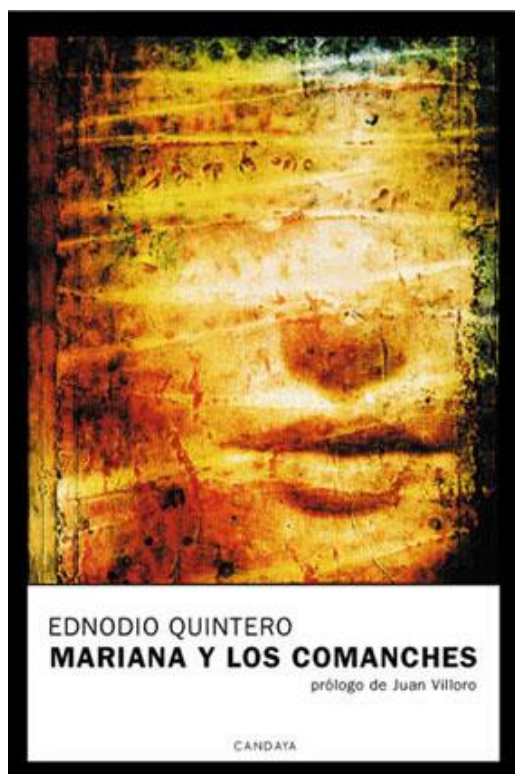


# Ednodio Quintero

## Mariana y los comanches



Editorial Candaya  
Candaya Narrativa 1



Prólogo de Juan Villoro

ISBN 84-933546-2-7  
232 págs. 14 €

### EL AUTOR

Ednodio Quintero nació en 1947, en Las Mesitas (Trujillo), *un lugar agreste de la alta montaña de los Andes venezolanos*. A su infancia montañesa, le debe quizás la costumbre algo triste de la soledad, el hábito voraz de la lectura salvadora y la vinculación a un paisaje austero y alucinado que, casi sin pretenderlo, se ha convertido en registro y cadencia de su voz.

Ednodio Quintero reside en Mérida, a donde llegó en 1965 para estudiar Ingeniería Forestal y en cuya universidad fue, posteriormente y durante muchos años, profesor de Letras y Medios Audiovisuales. En Mérida, Ednodio Quintero ha promovido diferentes proyectos culturales (la revista y editorial Solar, el taller literario TAL, la Bienal Nacional de Literatura "Mariano Picón Salas"... ) y ha escrito (con algunos paréntesis en los que vivió en México y en España) casi toda su obra literaria.

A Ednodio Quintero, le gusta moverse por todos los formatos de la narrativa: el relato hiperbreve (algunos de sus minicuentos, como "Tatuaje" o "Álbum de familia" han sido considerados obras maestras del género), el cuento largo, la novela y la noveleta (esos "relatos de treinta o cuarenta páginas que no llegan a ser una novela" pero que tampoco son "cuentos en el sentido de Poe, con un final espectacular"), género por el que confiesa tener especial predilección.



Un silencio de diez años separa sus tres primeros volúmenes de cuentos -*La Muerte Viaja a Caballo* (1974), *Volveré con mis Perros* (1975), *El Agresor Cotidiano* (1978)- de su narrativa actual., que se inicia cuando a los cuarenta años “luego de una inmersión tragicómica en mi infierno personal, comencé a vivir o al menos, se me ofreció una segunda oportunidad”. A esta nueva etapa pertenecen sus volúmenes de cuentos *La Línea de la Vida* (1988), y su primera novela *La danza del jaguar* (1991), para muchos una novela de culto. Luego siguieron las novelas cortas *La Bailarina de Kachgar* (1991), *El rey de las ratas* (1994) y *El cielo de Ixtab* (1995) y los libros de cuentos *Cabeza de cabra y otros relatos* (1993), *El combate* (1995) y *El corazón ajeno* (2000). Su última novela hasta ahora, *Lección de física*, aparece ese mismo año.

En *El gesto de narrar* (interesante antología sobre la narrativa venezolana actual), Julio Miranda define así la obra de Ednodio Quintero: “Narrativa de ecos, de reflejos, de circularidades múltiples. Narrativa de borradores que se van afinando a cada nueva versión. Narrativa de muñecas rusas, unas dentro de otras. Narrativa de crecimiento vegetal, orgánico, recorrida por una misma savia, siempre enriquecida. En cualquier lectura más o menos atenta, salta a la vista el carácter reiterativo de toda la obra de Ednodio Quintero, en dos aspectos complementarios: por una parte, un sistema de palabras clave, de imágenes, de metáforas que vuelven una y otra vez, tomadas de la naturaleza e insertadas en un discurso suntuosamente sensual, que pone en juego los cinco sentidos; por otra parte, la cíclica reasunción de temas, situaciones, personajes”

El escritor venezolano Gregory Zambrano considera que la narrativa de Ednodio Quintero “puede definirse como una poética del vértigo, una forma de decir (de escribir) que tiene un ritmo acelerado, una pulsión que sacude de manera frontal todos los sentidos y nos lleva por una serie de pasadizos secretos o, mejor, por un interminable laberinto donde finalmente encontramos un acto de reconciliación con la certeza de la vigilia. La oposición de esos mundos que por naturaleza se suceden: día-noche, sueño-vigilia, tiende a la confusión intencional de los espacios donde las significaciones se enriquecen. Vértigo como movimiento acelerado y como superposición de planos en rápida sucesión”.

Sobre los temas e imágenes que reaparecen obsesiva y cíclicamente en la inquietante narrativa de Ednodio Quintero dice Julio Miranda: “El encierro, con la polaridad entre el encerrado y su antagonista (su doble o la mujer liberadora); las metamorfosis; el esquema de *western* (duelo y trasfondo de violencia rural); las perversiones, desde un erotismo provocador, de ribetes sacrílegos, hasta el canibalismo; la exploración de la infancia, la mujer mágica...” Temas todos ellos, como el propio Quintero reconoce, “muy contemporáneos y muy clásicos”.

Considerado uno de los escritores más importantes de la literatura venezolana actual, Ednodio Quintero ha sido galardonado con algunos de los más destacados premios literarios de su país: el Primer Premio de Cuentos de *El Nacional*, de Caracas (1975); el Narrativa Breve del ICI (Instituto de Cooperación Iberoamericana) por *Soledades* (1992); el Narrativa del CONAC (Consejo Nacional de la Cultura) por *La Danza del Jaguar*, en 1992; el "Miguel Otero Silva" de la Editorial Planeta por *El Rey de las Ratas*, en 1994; “Francisco Herrera Luque” de la Editorial Grijalbo-Mondadori (1999) por *El corazón ajeno*.

Ha escrito también dos libros de ensayos: *De narrativa y narradores* (1996) y *Visiones de un narrador* (1997) y dos guiones cinematográficos: *Rosa de los vientos* (1975), *Cubagua* (1987).

## DOS FRAGMENTOS DE *MARIANA Y LOS COMANCHES*

La melodía tarareada por Mariana se transformó en una algarabía de voces. Y el conjunto, surcado por el ulular de sirenas y por el rugido de leones, se hacía insoportable. Que cesen esos ruidos espantosos, supliqué. Imaginaba tímpanos reventados, surtidores de sangre manando de mis oídos, empapando la almohada blanca con las iniciales que mi madre bordara con primor. Pronto comprendí que para librarme de la pesadilla auditiva debería cambiar de sintonía. Concentrar mis energías en otro lugar. Así estuve dando saltos de aquí para allá, encandilado por el reflejo del sol sobre la superficie sedosa de un pétalo muerto, sensible al roce de la punta de mis dedos contra la piel de mis mejillas sin rasurar, confundiendo los latidos de mi corazón con el retumbar ensordecedor de miles de tambores, saboreando mi propia saliva como si se tratara de un caldo tibio y venenoso. En fin, descubriendo sensaciones que durante los primeros veinte años de mi estancia sobre la tierra habían permanecido guardadas en un congelador. Y que la hechicera Mariana, valiéndose de algún extraño don, había sabido reactivar.

¿Cuánto tiempo permanecí atrapado en aquel juego? Si tan sólo me dedicara a recontar la serie de recuerdos que mi mente se ocupó de convocar, diría sin exageraciones que transcurrió el trecho más extenso de la eternidad. Pero sospecho que apenas pasaron unos minutos, los suficientes para que Mariana tomara su ducha matutina y borrara las huellas de mis caricias. Cómo fue entonces que durante un lapso así de breve me vi flotando en el vientre de mi madre, braceando en aquel líquido espeso y transparente, haciendo esfuerzos por desatarme del cordón umbilical que se había enredado a mi cuello. Cómo fue que pedaleé desde mi casa hasta la escuela, cerrando los ojos y conteniendo el aliento al atravesar el puente que cuelga sobre el río donde mi padre halló su prematura muerte. Cómo fue que me estuve masturbando oculto detrás de una ventana, a través de la cual se divisaba un estrecho callejón en cuyas aceras se levantaban kioscos y tenderetes atendidos por muchachas de ojos color esmeralda, que escondían la parte inferior de sus rostros tras pañuelos sucios de tela azul.

Reviví escenas enteras de mi vida, que mi cerebro iba seleccionando y recomponiendo como si se tratara de un mazo de barajas en manos de un demente tahúr. Visité parajes que ni siquiera había imaginado. Trajiné rutas en una alta montaña donde el oxígeno escaseaba, y tuve que soportar los agujijones del viento, el acoso de la niebla y un vértigo letal. Atravesé praderas incendiadas y bosques de carbón, perseguido por una pandilla de bandoleros armados de ballestas y arcabuces. En un río verdoso, que se deslizaba entre árboles, viajé día y noche en una estrecha canoa velando el cadáver embalsamado de un obispo. Me extravié en ciudades del futuro pobladas por adolescentes rollizos e insomnes, poseídos por un furor musical que los impulsaba a tocar sin descanso tambores de piel de mono que colgaban de sus cuellos adornados con abalorios y colmillos de jaguar. En una ensenada entre montañas, cuando me disponía a recoger en el cuenco de mi mano agua para beber, vi un cielo de piedra que se precipitaba contra mí. Tomé lecciones de violín y ajedrez, y un chamán de barbas renegridas me estaba enseñando a volar.

(Págs. 118-119)

Mentiría si afirmo que el recuerdo evocado en aquella oportunidad es el primero que mi memoria logró imprimir. De cualquier manera, debe haber sido uno de los primeros. Pues el punto de vista del observador se corresponde con el de un niño que gatea por el piso, que se desliza con pasos de reptil, que todavía no ha aprendido a caminar. A nivel de mis ojos se abría un inmenso territorio surcado por una red de líneas entrecruzadas, que un observador adulto reconocería como la sala enladrillada del caserón donde trascurrieron los años iniciales de mi existencia aciaga, tal vez feliz. Yo avanzaba, a cuatro patas, en una paciente y laboriosa exploración. Y me detenía frente a la ranura que servía de frontera a cada par de ladrillos, la estudiaba con atención exagerada, como si el único propósito de mi arribo a este planeta desconocido donde mi nave averiada había venido a parar, consistiera en aprenderme de memoria el más mínimo detalle de aquellas zanjas diminutas, llenas de polvo y suciedad, tan parecidas a los surcos dejados por los fragmentos de rocas calientes en el espacio estelar (...)

Estando en estos menesteres fui sorprendido por un raro fenómeno que paró en seco mis avances de reptil. Un círculo color leche y del tamaño de una moneda se interponía entre mi mano de explorador y la próxima ranura a sortear. La presencia de aquel pequeño lago me fascinó y lo estuve acechando como si se tratara de una presa entrevista a través de la maleza por un alucinado cazador. Quizá un parpadeo me hizo creer que el círculo se desplazaba con lentitud, y temiendo que acelerara su marcha hasta quedar fuera de mi alcance me dispuse a capturarlo. Avancé las rodillas y alargué mi mano, con un movimiento veloz, hasta cubrirlo por completo. Apoyé mi mejilla contra el piso frío a fin de observar de cerca el precioso objeto que creía haber atrapado entre mi garra diminuta de mono extraviado en una selva hostil, y bajo aquel montículo de carne tierna apenas divisé un trozo de oscuridad. ¿Qué sucede, viajero de las estrellas, príncipe de la Vía Láctea, cosmonauta errante y contumaz? ¿Qué ha sido de tus habilidades de guerrero e infalible cazador? Un pequeño círculo, pálido como la tiza, se burla de ti. Como si hubiera rozado la superficie viscosa de una alimaña retiré mi mano con prontitud, y el porfiado círculo reapareció en el mismo lugar. Probé de nuevo, adoptando precauciones quizá exageradas, como la de mantener la vista fija en los bordes relucientes de aquella moneda hechizada, y la burla se repitió. Lo intenté con la otra mano y fracasé. No sé por cuánto tiempo estuve jugando al gato y el ratón. Pero en algún momento, cuando expresaba mi impotencia a viva voz, los brazos de un gigante se hundieron en el aire para rescatarme. Y más tarde, un aroma a leche fresca acompañado de una melodía anestésica me adormeció. Quisiera creer que mis sucesivos yerros no hicieron mella en mi voluntad, y que siempre mantuve la esperanza de atrapar aquel esquivo rayo de sol.

(Págs.175-177)

## SOBRE MARIANA Y LOS COMANCHES

A fines de los años noventa, Quintero se mudó a la ciudad de México para ocupar la cátedra Simón Bolívar en la UNAM. Sus primeros días fueron dramáticos. Después de cobrar su mensualidad, fue interceptado en el oscuro vestíbulo de su edificio. Apenas alcanzó a distinguir una mano que le presionaba el cuello. Luego cayó inconsciente. En los días de zozobra que siguieron al asalto, supo que había sido víctima de una técnica conocida como la “llave china” (...)

Sus historias participan de esa estrategia; están hechas de rodeos, planteamientos que vuelven sobre sí mismos hasta llegar al sitio donde sobreviene la revelación. La técnica no es muy distinta de la “llave china” de la que fue víctima: una paciente espera en el umbral, una fulminante presión.

*Mariana y los comanches* ha sido escrita en la plenitud del oficio. El infinito tema del triángulo amoroso encuentra aquí aristas novedosas. Un escritor codicia a una amada doblemente esquiva: como objeto del deseo y personaje narrativo. El protagonista revisa un manuscrito olvidado, tributario de una poética con la que ya no comulga, acaso más genuina que la que lo ha llevado al éxito. El texto convoca a una mujer real y a una mujer narrativa. ¿Es posible recuperar a una sin sacrificar a la otra? La disyuntiva entre vida y creación determina *Mariana y los comanches*. ¿La mujer que regresa lo hace en nombre del destino o de la ficción? De manera sugerente, la moneda adivinatoria de Quintero a veces cae en la cara de la realidad, a veces en la de la imaginación.

*Mariana y los comanches* indaga las posibilidades que el deseo tiene de convertirse en crimen para salvarse de sí mismo. “El infierno es la repetición”, escribe el novelista, y avanza para derrotar esa consigna. Lentamente, como en la *Lolita* de Nabokov, comprendemos la peculiar lección del libro: varios de sus secretos nos habían sido revelados sin que advirtiéramos su fuerza magnética; el presente sólo se descifra al ser pensado hacia atrás. Como los personajes, disponíamos de las soluciones mientras eran vividas (o leídas); comprenderlas tarde es, fatalmente, una repetición. Entender ese infierno significa asumirlo, seguir al autor en busca de una salida, el arriesgado rito de paso en que desemboca la trama, sacrificar el arte para que la vida prosiga, modificada, como un río que busca nuevo curso.

Tal es el pacto fáustico que propone *Mariana y los comanches*. Desde su alta ventana, Ednodio Quintero inventa abismos y remedios para el vértigo.

Juan Villoro

Es difícil saber en *Mariana y los comanches* dónde empieza la ficción y dónde la realidad. Quintero hace de la invención y la escritura una necesidad, no importa si alimentada por el vértigo de la memoria o por las novelas de Patricia Higshmith o por los culebrones. Nos ha enseñado todas las cartas de la baraja, todo el entramado de una novela, y hemos sucumbido a su encanto, pese a que el propio Quintero (el escritor del escritor) opina de Bracamonte “y les pido que disculpen mi intromisión, que el error primero y principal que cometió fue el de acercarse demasiado. No supo, o no quiso, tomar distancia”. La que él ha sabido tomar como narrador para que nosotros, no podamos, por suerte tomarla como lectores. Hemos sucumbido al encanto de la inteligencia.

Juan Antonio Masoliver Ródenas. (Culturas. La Vanguardia)

*Mariana y los comanches* es una propuesta de escritura y un proyecto de rara perfección que demuestra la maestría de un autor que no necesita de exotismos legendarios sino que trabaja con el objetivo de la escritura. (...) En *Mariana y los comanches* no importa la trama en sí, importa cada línea de lo contado, la conciencia de trabajar con la escritura

Carmen Ruiz Barrionuevo

Lo más desconcertante de *Mariana y los comanches* tal vez sea el descubrimiento de Edmundo Bracamonte, un escritor de notable éxito, de un manuscrito de primera juventud, cuando pensaba que era poco menos que una reencarnación de Rimbaud, en el que, con terror, comprueba que aquello que le está pasando lo había escrito treinta años antes con una precisión casi profética. ¿Quién es, entonces, en realidad Mariana? ¿Existieron alguna vez sus desvaríos con Martín? ¿Dónde está, en definitiva, la frontera entre la realidad y la ficción? ¿Existe la verdad o no es más que –como dice Ednodio Quintero- *una versión de los hechos*? Miquel Àngel LLadó

En *Mariana y los comanches* el escritor escribe y reflexiona sobre la escritura. La frontera entre vida vivida de un escritor, que encuentra el manuscrito olvidado de una novela y se pone a leerla, y vida escrita de otro narrador, el de esa novela encontrada, que es al mismo tiempo uno de los vértices de un triángulo amoroso, esa frontera, decimos, se va haciendo cada vez más borrosa.

Los personajes de la novela acuden al presente del novelista convertido en lector de sí mismo, para hacerle vivir un pasado que nunca ha dejado de ser presente, aun cuando hubiese permanecido sepultado en el olvido, ese engaño de la memoria. Y esta repetición, eterna repetición del pasado en el presente de la escritura y de la lectura, es en verdad el infierno. “El infierno es la repetición”, dice el personaje narrador. Esa repetición circular y obsesiva, en que se sustentan las estructuras profundas de esta novela”

Teresa Martín Taffarel

Martín escribe desde Atenas una carta a su amigo Edmundo (el narrador de la novela), y lo primero que le cuenta es que casi es atropellado por un camión de mudanzas, que en griego se dice *metáphora*. La ambigüedad está planteada: un venezolano que muda de ciudad, casi muere por un vehículo cargado con los objetos que simbolizan su viaje: el camión de las metáforas se lo llevará por delante si no pone un poco de atención. El autor, a través de su testafarro el narrador, ha intentado un *personajicidio*, quizás para enseñarnos a nosotros sus lectores, que en nuestra vida nos acecha un camión de metáforas, un cargamento de palabras que es nuestro futuro, nuestra seguridad o nuestra muerte.

Juan Carlos Chirinos

De la niñez a la destrucción, de la esperanza al asesinato, *Mariana y los comanches* es una historia divertida y negra, que nos enseña las caras de la imaginación y de la realidad, como un único mundo complejo fuera del cual nos está vedado vivir.

*Mariana y los comanches* es la historia de un triángulo amoroso, que aparece y desaparece en el tiempo y por el que Ednodio Quintero nos lleva del futuro al pasado y viceversa. De una isla tropical, tórrida y sórdida, donde hay un insólito bar con neones y macarras, a la ciudad de la juventud donde hay otro bar llamado el Comanche. Los dos bares son los ángulos simétricos de un triángulo en cuyo interior se desarrolla un equilibrio entre la amistad, el odio, una homosexualidad iniciática, los celos, la crueldad, la entrega y la autodestrucción que está siempre a punto de desembocar en la muerte de alguno de los tres personajes singularísimos de esta novela.

Esta es la novela que leen al mismo tiempo el lector, nosotros, y un escritor llamado Edmundo Bracamonte, y lo curioso es que esa lectura comienza a tener consecuencias en la vida del autor, la mayor de las cuales es la aparición de una tal Mariana, idéntica y distinta a la que inventó en su libro. La Mariana que se pierde en la ficción, reaparece en la realidad del presente y Edmundo se ve en la alternativa de ganarla o destruirla.

Ernesto Pérez Zúñiga

Pasa algo extraño con *Mariana y los comanches*: difícilmente te crees la trama (“un **drama de telenovela**”, una “aventura de celos y traiciones **escenificada** en los parajes equinociales de una isla errante”, “una **comedia** protagonizada por un trío de forasteros indeseables”,

dice el escritor/personaje Edmundo Bracamonte, con la distancia del que define e insistiendo en lo que tiene de artificial puesta en escena), pero aun así es imposible una lectura que no perturbe e inquiete: no sentir, al recorrer el “campo minado” de sus páginas, que a cada rato se tambalea el precario equilibrio de los personajes y, con ellos, también el del lector.

Son muchas las experiencias inquietantes que nos aguardan en esta sugerente novela, que a menudo deja al lector “sin aliento, casi sin voz”. Nos perturban sobre todo los tres “comanches” que la protagonizan, ese pequeño universo de seres frágiles, marginales y resistentes que, marcados por una infancia trágica y el estigma maldito –locura, miseria, prostitución, asesinato, suicidio- de sus progenitores, parecen vivir siempre al borde del precipicio y transitar peligrosamente por casi todos los territorios del infierno: el infierno del escritor, el infierno de la repetición, el infierno de la incertidumbre, el infierno de la memoria y también el del olvido y, sobre todo, el infierno de uno mismo.

Y sólo al final descubriremos que en el fondo de esta lectura turbadora se esconde el propio Ednodio Quintero, un escritor que, como el Edmundo Bracamonte de la ficción, podría afirmar: “Carezco de convicciones firmes y quizá sea esta mi única fortaleza y mi mayor debilidad”. Y al lector no le quedará otro remedio que aceptar una novela sin certezas que, aunque con la protección del desacralizador y peculiar humor quinteriano, es la crónica vertiginosa de una caída y de una huida, una novela que le obligará a adentrarse en “un campo de contradicciones y crueldades, capaz de volver loco al ser más equilibrado” y a enfrentarse a la soledad, a la incertidumbre, a esa siempre incómoda “conducta signada por la ambigüedad” y a la dolorosa conciencia de que tal vez sea imposible alcanzar la maravilla (ni el esquivo rayo de sol de la infancia, ni a Mariana, esa mujer deslumbrante que “lleva una vida gitana. Carga su casa a cuestras como el caracol” y siempre escapa). Y sin embargo, pese al casi insoportable lastre de las manos vacías, de las derrotas y “sus heridas difíciles de restañar”, el terco y esperanzador intento de sobrevivir, tan presente también en la anterior novela de Ednodio Quintero, la tan celebrada *Danza del jaguar*: “Volver al principio, recomenzar. Sabía que la tarea sería ardua e ingrata, pero acaso no se me ofrecería otra oportunidad”.

Olga Martínez

PRESENTACIONES

Ednodio Quintero estuvo en España entre el 25 de mayo y el 12 de junio para presentar *Mariana y los comanches*. Estas fueron las presentaciones que se hicieron.

- Barcelona, Ateneu Barcelonès (C/ Canuda, 6)  
26 de mayo, a las 19.30 h.  
Presenta: Enrique Vila-Matas.
- Canet de Mar, Casa Museu Domènech i Montaner (Riera Gavarra, 2)  
29 de mayo a las 19 h.  
Presenta: Juan Villoro.
- Palma de Mallorca, Centre de Cultura Sa Nostra (C/ Concepció 12, Aula B)  
31 de mayo a las 20 h.  
Presenta: Miquel Àngel Lladó
- Sant Andreu de la Barca, Biblioteca Aigüestoses (Avda. Constitució, 24)  
4 de junio a las 19 h.  
Presenta: Teresa Martín Taffarel.
- Talavera de la Reina, librería Páginas (Avda. Pío XII, 4)  
7 de junio a las 20 h.  
Presenta: Juan Carlos Chirinos.
- Madrid, Casa de América (Paseo Recoletos, 2)  
8 de junio a las 19.30 h.  
Presenta: Ernesto Pérez Zúñiga.
- Salamanca, Biblioteca Casa de las Conchas (C/ Compañía, 2)  
10 de junio a las 20 h.  
Presenta: Carmen Ruiz Barrionuevo.

Si necesita más información puede consultar [www.candaya.com](http://www.candaya.com) o ponerse en contacto con la editorial Candaya, enviando un mensaje a [candaya@candaya.com](mailto:candaya@candaya.com) o llamando a los teléfonos: 937923080 /937956204/ 654095854